

Cuando miro atrás, no me parece que mi vida haya sido extraordinaria ni especial. Mi madre me parió en Etxalar, en un invierno que se recuerda como muy frío, y vine al mundo sin padre, porque la había preñado un soldado gabacho, cuando los golondrinos del francés invadieron los valles. Me lo contó al tener la primera regla, pero no le gustaba hablar de aquella desgracia. Antonio me hizo entonces un poco de padre. Antonio trabajaba de calderero y era buena persona, pero nos dejó a mi madre y a mí cuando cumplí los siete años. Recuerdo el repicar de su martillo en los peroles y que mi madre estaba siempre un poco celosa, porque Antonio trataba todo el tiempo con mujeres que le pedían que apañara sus pucheros.

El rey<sup>1</sup> envió al abuelo de mi madre, que entonces era un chiquillo, a trabajar en las minas de Almadén, cuando quiso acabar con todos los gitanos. Luego escapó de allí y viajó hacia el norte, enseñando por los pueblos un oso bailaor que hacía muchas gracias, pero un día se enfureció y le mató de un abrazo. Mi madre tuvo que ganarse la vida echando la buenaventura y leyendo los cielos, un arte que aprendió de un estrellero napolitano que conoció en Tafalla. Ella me enseñó algo de esas cosas.

Cuando Antonio dejó los valles, el tío Lucas, hermano de mi madre, se ocupó de mí y me enseñó el vascuence, que

---

<sup>1</sup> Fernando VI en 1749. (*N. del T.*)

había aprendido en la cárcel de Bilbao, adonde fue a parar por una reyerta con tratantes en ganado. Yo era entonces muy joven e ingenua y no sabía nada de los hombres, pero mi prima Lolita me explicó lo que el tío Lucas le hacía algunas noches. Le levantaba las faldas y la hociaba. Luego le frotaba con nieve el bultito que tenemos en la parte alta del coño y cuando ella ya no podía soportar los escalofríos dolorosos, se lo lamía como un perro. Me dijo que cuando se lo hacía le daba gusto, pero cuando había terminado le daba asco y se arrepentía de que le hubiera gustado.

Me producían mucha curiosidad, aunque no las entendía demasiado, las cosas que Lolita, con seis años más que yo, me contaba de los hombres. El tío Lucas era muy gordo, al punto que le costaba mantener el equilibrio y siempre parecía que iba a caer hacia delante. Pero lo peor era que olía mal. Tal vez porque se pasaba parte del día fabricando cremas y ungüentos que vendía a los cómicos, para su depilación y su maquillaje. A mí el tío Lucas me daba asco y me daba más asco todavía al imaginármelo hociendo y echando suspiros entre las piernas de mi prima Lolita. Yo no entendía entonces nada de las relaciones de los hombres y las mujeres y, cuando me tumbaba en los prados los atardeceres del verano, mirando el cielo limpio, pensaba que me gustaría ser como el viento, que no es de nadie, y me prometía que jamás sería propiedad de un hombre. Tal vez la terrible desgracia de mi madre influyó en este pensamiento, pues una vez me peleé con un chico gitano y cuando le hice sangrar la nariz me dijo con desprecio “Francesa tenías que ser”. Yo todavía no entendía demasiado aquello, pues ante todo me sentía gitana, que somos de todas partes y de ninguna, aunque vengamos de Egipto. Y ser española, navarra o gachacha me daba igual.

Bien pensado, nunca me he sentido hija de un soldado francés, al que además no he conocido, sino hija de mi madre,

que es la que me dio la sangre y la vida. Y si ella era gitana, yo también lo soy. Un día, cuando ya conocía un poco mejor las cosas de la vida, tuve la curiosidad de preguntarle cómo era aquel bárbaro que la violó. Sentía además curiosidad por saber si, cuando se acostó con ella, había sentido placer en algún momento, porque había oído decir que las mujeres se quedan preñadas más fácilmente si al ahoyar con un hombre sienten gusto. Me contestó que ni se acordaba ni quería acordarse. Y entonces ya no me atreví a preguntarle lo del gusto.

Cuando el rey<sup>1</sup> hizo cerrar los teatros, el tío Lucas decidió que fuéramos todos hacia Andalucía, donde tenía parientes y podía ganarse mejor la vida, pues ahora ya no podía vender a los actores sus pócimas de Egipto. El tío Lucas nos hizo un discurso explicando que Andalucía era la segunda patria de los gitanos y que, aunque no tenía las verdes praderas que hay en Navarra, con sus pastos húmedos los doce meses del año, allí casi todo el mundo era amigo de los gitanos. También nos dijo que el tiempo era allí mejor que en los valles, pues casi siempre hacía calor, aunque ahora puedo decir que en eso el tío Lucas se equivocaba o nos engañó a propósito. Tenía además varios primos en Sevilla y en Córdoba, de manera que allí estaríamos todos mejor. Por eso nos pusimos en marcha, en un viaje que acabaría por durar siete años, por las muchas cosas que nos pasaron, aunque entonces no podíamos saberlo.

Relataré algunos de los sucedidos que recuerdo de ese largo viaje, pues he descubierto que la memoria es muy tramposa y confunde las cosas, cuando no las oculta en una especie de neblina, de modo que no hay dos memorias iguales, incluso para dos personas que hayan vivido un mismo per-

---

<sup>1</sup> Fernando VII en 1814. (*N. del T.*)

cance. Pero mis luces me dicen que lo que mejor se recuerda es lo que fue más importante para cada persona. Y eso es lo que voy a intentar relatar a continuación.

EDITORIAL PRE-TEXTOS